

Modelo 192

117. 53

Año XII

Buenos Aires, Enero - Marzo de 1948

Núm. 66

# REVISTA DE PSIQUIATRIA Y CRIMINOLOGIA

ORGANO DE LA "SOCIEDAD ARGENTINA DE CRIMINOLOGIA"  
Y DE LA "SOCIEDAD DE PSIQUIATRIA Y MEDICINA LEGAL DE LA PLATA"

Director Prof. Dr. OSVALDO LOUDET

## RESPONSABILIDAD DE LA PSIQUIATRIA (\*)

por el Dr. BLOCK CHISHOM

Las enseñanzas y escritos de William Alanson White desde sus *Bosquejos* de 1907 hasta los últimos días de su vida, contribuyó mucho al impetu del desarrollo de la Psiquiatría de aquellos años. Su visión y sentido humano, su pensamiento honesto y su devoción, serían de gran valor al mundo en los tiempos tumultuosos por venir. Sin embargo, no sería un homenaje adecuado a William Alanson White el perder nuestro tiempo en esta ocasión mirando hacia atrás a su obra, lamentando su ausencia y su pérdida para la Psiquiatría o mismo no nos hubiera convocado a ninguna conmemoración para hablar sobre William Alanson White. La manera más sincera como podemos hon-

\* Damos aquí la traducción de la primera de las conferencias que el Prof. Chisholm dió el año pasado en Washington, invitado por "The William Alanson White Memorial Lectures", bajo el título de "La Psiquiatría de la Paz Permanente y el Progreso Social". Estas conferencias tuvieron vasta difusión, provocando una conmoción en los círculos psiquiátricos y médicos de habla inglesa. El Dr. Chisholm después de haber sido Director General de los Servicios Médicos de su patria, Canadá, era entonces Deputy Minister del Departamento de Salud Pública, Presidente del Comité Nacional de Higiene Mental, y es actualmente Director Interino de la Organización Sanitaria Mundial de la O. de las Naciones Unidas. En este carácter estuvo hace poco en Buenos Aires con motivo de la reunión especial de la Conferencia Sanitaria Panamericana.



rarlo es tratar de mirar hacia delante, en el espíritu de honestidad, devoción y servicio que caracterizó a toda su vida, para enfrentar y trabajar en los vastos problemas de la hora.

W. A. White reconocería que hay mucho por hacer en el dominio de la Psiquiatría, y nosotros nos empeñaremos en la tarea tal como él lo haría si estuviese presente. Reconocería, como lo hacemos nosotros, que este es un mundo enfermo, con un mal crónico y antiguo, pero con una enfermedad aún más extendida y seria. Su enfermedad ha llegado a ser peligrosamente aguda, y el futuro es verdaderamente inseguro.

Otra vez los hombres, y en una escala mucho más amplia y más altamente organizada de lo que nunca fué, están dando rienda suelta a una de sus modalidades de conducta más consecuentes, la guerra. Aun cuando parece que entre los pueblos del mundo, pocos relativamente deseen o gocen las guerras, y que muchos sufren de diversa manera durante las mismas, los hombres persisten en esta conducta insensata siglo tras siglo. Hasta los últimos años, las guerras podían llevarse a cabo localmente, sin afectar necesariamente o sin provocar preocupaciones en los pueblos de otras partes del mundo, pero semejante tiempo ya ha pasado. Cada guerra es ahora una amenaza a todos los pueblos del mundo, sea directamente, o mediante la privación de materiales, o pérdidas en su comercio.

Esta situación es ampliamente reconocida, y ninguna nación podrá jamás en adelante formular su política sobre bases aislacionistas. La interdependencia de todos los pueblos en este mundo estremecido, es indudable. La fantástica velocidad de la aviación y la bomba atómica, son sólo los últimos pasos en este proceso, que desde hace largo tiempo está quebrando las barreras geográficas entre grupos de pueblos. Todos somos ahora, por fuerza, ciudadanos del mundo, ya sea que estemos suficientemente maduros y adecuados para sobrellevar esta responsabilidad, o no lo estemos. Frente a este nuevo estado como ciudadanos del mundo, debemos aceptar el hecho desagradable de ser la clase de pueblo que guerrea cada quince o veinte años. En la medida en que conocemos la historia hemos sido siempre del mismo tipo de pueblo, y es de suponer que continuaremos en este tren combatiéndonos los unos a los otros.

Ahora que esta última guerra acaba de terminar, debemos adoptar uno de los posibles caminos. *Primero*, podemos volver al tipo de vida y sociedad que hemos tenido antes de la guerra, volver a nuestro tranquilo modo de vivir, o trabajar por el mejoramiento social, sea en el orden político, sea mediante psicoterapia, según sea el caso. Probablemente si hacemos esto podremos contar afortunadamente con 15, o aún 20 años de paz; pero aquellas ocupaciones hubieron sido completamente fútiles si nosotros hubiéramos sido derrotados o esclavizados, literalmente, y nuestro confortable desarrollo social arrojado de lado por una "Raza Superior" ante la cual apareceríamos débiles e incapa-

ces de dirigir nuestras vidas. Todo parece indicar que en los próximos tiempos, cualquier raza que a su modo superior, se permita preparar y realizar una tal tentativa, tendrá éxito. Si nuestro interés futuro es justamente el restablecimiento de la sociedad de pre-guerra, la esclavitud es absolutamente inevitable. Antes de la guerra, éramos el tipo de pueblo que permitió a los alemanes, italianos y japoneses, prepararse abiertamente para la guerra y elegir el tiempo y el lugar para atacarnos. Si continuamos siendo esta misma clase de pueblo, no somos verdaderamente aptos para sobrevivir. Probaremos claramente nuestra falta de capacidad para aprender, de experiencias, aún las más dolorosas, lo que es una condición biológicamente intolerable.

El *segundo* camino posible es prepararnos empeñosamente para la próxima guerra, reconociendo su inevitabilidad, entrenando a nuestros hijos, desde la infancia, a vivir peligrosamente, para que sean capaces de combatir efectivamente con armas las más terribles, despiadadas y eficientes. Prepararlos para golpear primero, porque puede ser que no haya segundo golpe en las guerras del futuro. Alerta constante y matanzas despiadadas, de todos los enemigos potenciales, será el precio de la supervivencia si seguimos como siempre hemos andado.

El *tercer* curso posible es encontrar y tomar seguras medidas para prevenir las guerras del futuro. Aun cuando esta posibilidad es sin duda preferible, es algo que aún no se ha emprendido con éxito. Tal vez pueda decirse que semejante camino nunca ha sido en verdad intentado. Tal vez no haya un medio de prevenir las guerras. Si es así, debemos decidirnos a ser esclavos o matadores implacables, pero antes de aceptar una de estas penosas alternativas, exploremos al menos los posibles medios para prevenir la guerra.

Antes de intentarlo, deberíamos considerar la guerra en relación con la especie humana, para estar seguros de que la prevención de las futuras guerras sería verdaderamente bueno para la especie. Parece verdad que cualquiera que sea el destino de la especie, la matanza de amplios sectores de su juventud, físicamente bien dotados, inteligentes y socialmente aptos, difícilmente pueda ser ventajosa. Podría plantearse el problema, si las guerras pudieran ser hechas por viejos y deficientes mentales, pero esto no puede ser ni remotamente posible, por cuanto las guerras van deviniendo cada vez más técnicas y demandan la participación de los más capaces.

Si la bomba atómica ha sido un arma dramática en las fases finales de la reciente guerra, otras posibles armas pueden ser aún más terribles. ¿Qué, por ejemplo, de la introducción en las fuentes principales de agua potable de una sustancia química que evitaría el embarazo en todas las mujeres? ¿Qué, acerca de la infinita capacidad de matar en manos de biólogos y químicos a través de todo el mundo? Cualquier país podría ser paralizado, destruido a voluntad por un ataque bien organizado de cualquiera de los varios nuevos tipos y sin necesidad de ningún desarrollo de industrias pesadas. De hecho, la ten-

dencia es a incluir en la matanza no solamente a gente joven y capaz, sino todo parece indicar que en cualquier guerra futura perecerán vastos sectores de poblaciones totales no elegidas, incluyendo mujeres y niños. Dificilmente esto puede ser un procedimiento útil desde el punto de vista de la especie, al menos que fuera concebido para reducir la presión del aumento de la población en alguna parte del mundo. Este propósito puede obtenerse sin embargo, por vías menos dolorosas y con mejor selección, si semejante reducción de la población llegara a ser necesaria para la raza humana.

Algunos aspectos de la guerra son sin duda atractivos para muchas personas, pero estas ventajas están tan claramente superadas por los sufrimientos de los demás, que ni siquiera puede pensarse en continuar las guerras por ese justificativo. Las guerras afectan el estado económico de millones, y para muchos, favorablemente. Los negocios se extienden, el dinero circula en abundancia, se difunde la prosperidad, pero sólo donde la guerra no está presente. En lo futuro, la guerra puede desarrollarse en cualquier lugar del mundo, sin inmediata prosperidad compensatoria para nadie. Además, nos sería posible producir semejante prosperidad sin la matanza, inanición o esclavizamiento de millones de personas.

En cuanto nos es posible, no podemos encontrar una razón decisiva desde el punto de vista del bienestar de la especie humana, para continuar las guerras o para no prevenirlas. Entonces ¿por qué continuamos haciéndolas? Dejadme repetir: Somos del tipo de pueblo que hace guerras cada quince o veinte años. ¿Por qué? ¿Levantaremos nuestros brazos resignadamente y contestaremos: "naturaleza humana"? Seguramente otras manifestaciones de la naturaleza humana están sujetas a amplios cambios: ¿por qué no también ésta? Tal vez no podamos cambiar la naturaleza, pero seguramente podemos transformar en gran manera su expresión en otras formas de conducta.

La responsabilidad para planear los cambios necesarios en la conducta humana es claramente del dominio de las ciencias que de ella se ocupan. Los psicólogos, psiquiatras, sociólogos, economistas y políticos, deben enfrentar esta responsabilidad, que no puede ser evitada. Aún la decisión de no interferir es también una decisión, y no implica menos responsabilidad. Debemos considerar honestamente qué es lo que puede ser hecho para salvar a la especie humana de sí misma, de su insaciable sed por su propia sangre. ¿Puede esta conducta habitual de la especie ser erradicada por enérgicas combinaciones de poderosos países, o mediante legislación, o por la pretensión de que ahora cada uno amará a su prójimo, y que no habrá más guerras, o mediante rezos y ayunos, o por el control de industrias enemigas? Todo esto se ha intentado repetidamente, y ha fracasado sin cesar. Nada permite esperar que cualquiera de estos medios puedan tener éxito, aunque todos ellos han sido seriamente recomendados una y otra vez por mucha gente interesada. Se nos ha dicho que podemos prevenir las guerras

mediante el control de la industria pesada de nuestros enemigos populosos. Se me ha recordado que cuando los romanos estaban preocupados en evitar que los británicos combatieran contra ellos, cortaron todos los abetos en Inglaterra, a fin de que los conquistados no pudieran hacer grandes arcos.

Seguramente hemos aprendido algo en estos dos mil años! ¿O no hemos aprendido? Podemos, de la misma manera, prohibir a los alemanes fabricar lanzas o criar caballos para la caballería, así como controlar sus industrias pesadas. Cualquier lección de la historia y del sentido común nos mostraría la futilidad de semejantes métodos. Está claro que se necesita algo nuevo. ¿Pero qué?

Podemos identificar las razones de por qué hacemos guerras o aún muchas de ellas para caracterizar su pauta? Numerosas de estas causas son fáciles de señalar: prejuicios, aislacionismo, la capacidad emocional y carente de crítica para creer cosas irrazonables, un excesivo deseo de riqueza o poder, un miedo exagerado a los demás, la creencia en sentirse destinado a mandar a los otros, la venganza, la capacidad para evitar, ver y afrontar hechos desagradables y adoptar una acción apropiada. Estas son probablemente las principales razones de por qué nos involucramos en guerras. Todas ellas son asimismo síntomas neuróticos bien conocidos y reconocidos. El único motivo normal es la defensa propia para protegernos de la agresión, pero ciertamente deberíamos tener la capacidad de ver esta agresión mucho antes de estallar la guerra, e iniciar la acción adecuada para satisfacerla o suprimirla. Aún la propia defensa puede significar una reacción neurótica cuando implica la defensa de la propia riqueza excesiva frente a otros que sufren gran necesidad. Este tipo de defensa es de cortos alcances, nada efectiva, y conduce inevitablemente a más guerras.

Cuando vemos a pacientes neuróticos con las mismas reacciones en sus asuntos privados, podríamos también levantar nuestras manos y exclamar: "naturaleza humana", o bien "personalidad psicopática de este o aquel tipo", o bien podemos ponernos a la obra tratando de ayudar a la persona que sufre, para que se desarrolle ahora con más éxito del que sus padres estaban en condiciones de obtener. Esto puede hacerse frecuentemente, pero hubiera sido aún mejor si sus padres hubiesen sido capaces de ayudarlo a desarrollarse exitosamente desde el primer momento.

Parece que al menos tres condiciones son básicas para cualquier esperanza de paz mundial permanente.

*Primero:* Seguridad, eliminación de las ocasiones para un justificado miedo de agresión. Puede conseguirse esto al menos temporalmente y como una escapatoria hasta que algo mejor pueda ser establecido, mediante legislación respaldada por una fuerza combinada inmediatamente disponible, preparada para suprimir sin piedad cualquier llamado a la violencia por parte de cualquier país. La administración

de semejante fuerza es un problema delicado, pero puede ser proyectado así y cuando los grandes poderes realmente lo deseen. Un substitutivo menos efectivo para este método, pero que resultaría lo suficientemente bueno por largo tiempo, sería que los grandes poderes asumieran ellos mismos esta función. Para que sea lo bastante eficiente, sería necesario que todas las disputas entre las naciones sean sometidas a arbitraje ante una corte mundial de la más alta integridad.

*Segundo:* La oportunidad para todos los pueblos del mundo de vivir de una manera razonablemente confortable, en niveles económicos que no varían demasiado, ya sea geográficamente, o en grupos dentro de una población. Esto es un simple asunto de redistribución de material, del cual hay en abundancia en el planeta para cada uno, o cuya abundancia puede conseguirse fácilmente. Esto puede obtenerse sin inconvenientes si bastante gente comprende su propia necesidad y la del bienestar de sus hijos, ya que no por razones más convincentes. Es probable que estas dos condiciones harían innecesarias las guerras para gente madura normal, sin síntomas neuróticos, pero su obtención depende de la capacidad de bastantes personas colocadas en los lugares propios para hacerlas efectivas, y la verdad es que poca gente está madura y sin síntomas neuróticos. Hasta ahora, en la historia del mundo, nunca ha habido suficientes personas maduras en los lugares necesarios. Nunca ha habido bastante gente en ninguna parte, que haya sido capaz de ver y aceptar estos hechos, y que fueran suficientemente desarrolladas y responsables como para enfrentarse con alma y vida a estos problemas.

Se desprende pues inevitablemente que la *tercera* condición de la que depende la obtención y la efectividad de las otras, es la de que debería haber suficiente cantidad de personas en el mundo, en todos los países, que no fueran como somos nosotros y como hemos sido siempre, y que no tuvieran las síntomas neuróticos que nosotros y que cada generación de nuestros antepasados han puesto en evidencia. Jamás hemos tenido bastante gente en ninguna parte que estuviera suficientemente libres de estos síntomas neuróticos que hacen inevitables las guerras.

Todos los psiquiatras saben de dónde vienen estos síntomas. La carga de inferioridad, culpa y miedo, que todos nosotros llevamos está en la raíz de este fracaso en madurar exitosamente. La psicoterapia es la vía predominante, mediante cualquiera de sus métodos, para la reducción del peso de esta carga. Por eso, la cuestión que debemos plantearnos a nosotros mismos es: por qué la raza humana está tan aplastada por estos incubos, y qué puede hacerse a este respecto.

Strecker y Appel han definido recientemente la madurez en términos de capacidades, las que si son alcanzadas por bastante gente, pueden asegurar, sin guerras la continuidad y el incesante desarrollo de la especie a lo largo de las líneas de sus destinos inherentes. "La madurez, dicen, es una cualidad de la personalidad que está hecha

de un número de elementos. It is stick-to-it-iveness, la habilidad de entrar en un trabajo, de trabajar en él, y de luchar a través de él hasta que esté terminado, o hasta que uno ha dado todo lo que tiene en el esfuerzo. Es la cualidad o capacidad de dar más de lo que es pedido o requerido en una determinada situación. Es esta característica la que habilita a otros para contar con uno; esto es, ser digno de confianza. La persistencia es un aspecto de la madurez: la persistencia en alcanzar un fin en medio de dificultades. Resistencia ante las dificultades, sinsabores, incomodidades, frustraciones, trabajos. Es una característica de la madurez la capacidad de juzgar sobre las cosas, de tomar sobre la marcha su propia decisión. Esto implica una considerable dosis de independencia. Una persona madura no es dependiente al menos que esté enferma. La madurez implica determinación, la voluntad de realizar y tener éxito, la voluntad de vivir. Naturalmente, la madurez representa la capacidad para cooperar: la de trabajar con otros, la de participar en una organización, y bajo autoridad. La persona madura es maleable. Puede adaptarse al tiempo, personas y circunstancias. Puede mostrar tolerancia, ser paciente, y *ante todo, tiene las cualidades de adaptabilidad y de transigencia*. Básicamente, la madurez representa una amalgama saludable de dos casos: 1. Disconformismo con el *status quo*, que significa un llamado al esfuerzo constructivo, exhaustivo. 2. Preocupación social y devoción. Es el valerse en lo individual".

Permítanme repetir partes de esto: "La capacidad de juzgar, de tomar uno mismo las propias decisiones, es característica de madurez". "Una persona madura . . . . tiene ante todo las cualidades de adaptabilidad y de transigencia". Puede alguien dudar de que suficiente gente que alcance una tal madurez quiera no iniciar guerras y prevenga a otras personas contra su tentativa de empezarlas? Es evidente que esta cualidad de madurez, que este desarrollo exitoso, es lo que generalmente está faltando en la especie humana, en nosotros mismos y en nuestros legisladores y gobernantes, quienes sólo pueden limitarse a representar al pueblo.

Este hecho plantea directamente el problema a la psiquiatría. La necesidad de guerrear, sea como agresor o como defensor que debería haber tomado, pero no lo ha hecho, medidas para prevenir la guerra ya iniciada, es tanto un síntoma patológico psiquiátrico, como lo es una fobia o la conducta antisocial de un criminal que ha sido dominado por un padre irracional y severo. Son modalidades de conducta semejantemente irracionales, las que resultan del desarrollo insatisfactorio y del fracaso en alcanzar la madurez emocional. Es evidente que este fracaso es común en la totalidad de la especie humana, y lo ha sido así a través de todo el proceso histórico.

Por algo debemos buscar algún hilo consistente que nos conduzca a través de la maraña de todas las civilizaciones que hemos conocido, y que han impedido el desarrollo de todas o casi todas las personas para

alcanzar una verdadera madurez. ¿Qué básica perversión psicológica puede encontrarse, en cada civilización que conocemos? Debe ser una fuerza que paralice la capacidad de ver y de acoger los hechos patentes, que impida el uso racional de la inteligencia, que enseñe y estimule la capacidad de disociar y creer lo contrario a despecho de la clara evidencia, que produzca inferioridad, culpa y miedo, que haga controlar la personal conducta emocional necesaria a otras gentes, que estimule los prejuicios y la incapacidad de ver, comprender y simpatizar con los puntos de vista del prójimo. ¿Hay alguna fuerza tan poderosa y tan penetrante que pueda hacer todas estas cosas, en cualquier civilización? Existe, y es justamente una. El único y mínimo común denominador de todas las civilizaciones, y la única fuerza psicológica capaz de producir estas perversiones, es la moralidad, el concepto del bien y del mal, el veneno desde antiguo descrito y contra el cual se nos ha puesto en guardia como "el fruto del árbol del conocimiento de lo bueno y lo malo".

En la vieja historia hebrea, Dios previene al primer hombre y mujer contra la tendencia a tener trato con el bien y el mal. Es interesante comprobar que tan antiguo como esto, el "bien" es reconocido como una amenaza tan grande como el "mal". Tanto el uno como el otro son los frutos del mismo árbol.

Estamos en retardo en poner de manifiesto esta verdad, y en reconocer los innecesarios y artificialmente impuestos sentimientos de inferioridad, culpa y miedo, conocidos comúnmente bajo el concepto de pecado, bajo cuyo signo casi todos hemos penado, y que produce tanto de la inadaptación social y de la desdicha en el mundo. Por muchas generaciones hemos estado abrumados bajo el yugo del pecado. Hemos tragado toda especie de certidumbres venenosas con que nos han alimentado nuestros padres, nuestros maestros de las escuelas dominicales o diurnas, nuestros políticos, nuestros sacerdotes, nuestros periódicos y tantos otros con el evidente interés de sujetarnos a su control: "Llegarías a ser como dioses, si conocieras el bien y el mal?", el bien y el mal, que sirve para mantener a los eruditos bajo el control de uno, para prevenir el pensar libremente, para imponer lealtades locales, familiares y nacionales, y para cegar a los niños la visión de su gloriosa herencia intelectual. Extraviada por los dogmas autoritarios, atada por una fe excluyente, aturdida por una lealtad inculcada, desgarrada por herejía frenética, enloquecida por cisma pertinaz, narcotizada por experiencias místicas, confundida por certidumbres que se oponen, aturrullada por inventado misterio, y abrumada bajo el peso de la culpa y del miedo engendrados por su propia actitud original, la infortunada especie humana, privada por estos incubos de sus únicas defensas y de sus razones para luchar, de su poder de razonamiento y de su natural capacidad de gustar la satisfacción de sus urgencias naturales, se debate bajo esta fantasmal carga autoimpuesta. Los resultados inevitables son frustración, inferioridad, neurosis e incapacidad

para gozar de la vida, de razonar claramente o de hacer un mundo en el cual se pueda vivir. La deformación de la inteligencia por estos vendajes de creencia, en nombre de la virtud y de la defensa del alma, es comparable a la de los pies de estas jovencitas chinas sacrificadas a un local concepto de belleza. El resultado es, en ambos casos, no la belleza del carácter o del pie, sino la perversión y deformación, y la pérdida de la función natural. La inteligencia, la capacidad de observar y razonar claramente, de alcanzar e instrumentar decisiones adecuadas a la real situación en que se encuentran, son los únicos métodos específicos del hombre para sobrevivir. Su único equipo está por entero en los lóbulos más desarrollados de su cerebro. Su destino reside en la dirección indicada por su equipamiento. Todo cuanto inhibe o perturba el verdadero claro pensamiento humano, trabaja contra el destino manifiesto del hombre, y tiende a destruirlo.

La libertad del hombre para observar y para pensar libremente es tan esencial a su supervivencia, como lo son los métodos específicos de supervivencia para las otras especies. Los pájaros deben volar, los peces nadar, los animales herbívoros comer hierbas y cereales, y el hombre debe observar y pensar libremente. Esta libertad, presente en todos los niños, y conocida como inocencia, ha sido destruída o deformada por verdades locales, por dioses de moralidades regionales, por lealtades locales, por salvación personal, por prejuicio, odio e intolerancia —frecuentemente enmascarados como amor—, dioses de cualquier forma que destruyen la libertad de observar y pensar, y que conserva a cada generación bajo el control de los viejos, de los mayores, de los shamanes y de los sacerdotes.

Permitásenos volver a la definición de madurez de Strecker y Appel. "La capacidad de justipreciar, de tomar uno mismo sus propias decisiones, es una característica de la madurez". "Una persona madura . . . tiene las cualidades de adaptación y transigencia". ¿Hemos sido Vd. y yo formados en esa dirección? ¡No...! Se nos ha enseñado a ser absolutamente leales y obedientes al concepto local de virtud. suceda lo que suceda. Se nos ha enseñado que los musulmanes o los hindúes o los judíos, los demócratas o republicanos (entre nosotros en Canadá, "grits" o "tories"), los capitalistas o sindicalistas, los socialistas o los comunistas, los católicos apostólicos romanos o los metodistas, o cualquiera de los otros grupos humanos, están equivocados o aun pervertidos. Ha sucedido casi siempre que entre todos los pueblos del mundo, sólo nuestros padres, y tal vez unas pocas personas por ellos elegidas, estaban en lo cierto acerca de cada cosa. Podríamos rehusarnos a aceptar su criterio únicamente al precio de una carga de culpa y miedo, y de poner en peligro nuestras almas inmortales. Esta educación ha sido prácticamente universal en la especie humana. Las variaciones en el contenido apenas han tenido importancia. El fruto está envenenado, cualquiera sea la forma en que ha sido preparado o enmascarado.

“La persona madura es maleable; puede adaptarse al tiempo, personas y circunstancias, puede mostrar tolerancia, ser paciente, y sobre todo tiene las cualidades de adaptabilidad y transigencia”, dicen Strecker y Appel. ¿Están las enseñanzas de la familia, de la escuela o de la iglesia en esta dirección? Casi nunca, y aun cuando es seguramente una verdad el que ayudar a sus criaturas a alcanzar exitosamente este estado de madurez, es la responsabilidad máxima de cada generación. Sólo cuando esto haya sido bien hecho, podemos esperar el contar con bastante gente capaz de ver y pensar clara y libremente en un grado suficiente que los habilite para prevenir a la especie de que continúe tropezando como hasta ahora, de una matanza a una mayor y más horrenda carnicería.

En todas partes, los psiquiatras han dedicado sus vidas tratando con éxito creciente, y mediante métodos muy diversos, de ayudar a los individuos que están en dificultades, por no lograr aproximarse en grado suficiente a este estado de madurez que los habilite a vivir satisfactoriamente, para ellos mismos y para el grupo de que forman parte. Pero seguramente sería más ventajoso para el mundo si los psiquiatras entraran de lleno en el dominio de la profilaxis en el que la gran tarea debe ser hecha. Tal como se están formando ahora resultan mil neuropatas por cada uno que los psiquiatras tienen la esperanza de curar mediante psicoterapia. Formar una generación de ciudadanos maduros es la mayor tarea y la más necesaria que cualquiera pueda emprender, y sería colosal la recompensa por salvarla de la miseria y del sufrimiento.

La reinterpretación y eventualmente la erradicación del concepto del bien y del mal que ha sido la base de la educación infantil, la sustitución por el pensamiento inteligente y racional de la fe en las verdades de los viejos, tales son prácticamente los objetivos retardados de toda psicoterapia efectiva. ¿No serían éstos los objetivos legítimos de una verdadera educación? ¿No sería ya tiempo de dejar de imponer nuestra fe y nuestros prejuicios locales sobre las criaturas, y de mostrarles todas las facetas de cada cuestión, de manera que puedan tener en su oportunidad la capacidad de juzgar y de tomar sus propias decisiones?

La sugestión de que dejáramos de enseñar a las criaturas las moralidades, lo justo y lo injusto, en vez de proteger su original integridad intelectual, debe enfrentarse naturalmente a un clamor de herejía e iconoclastia, de la misma manera que se levantó contra Galileo por su descubrimiento de otro planeta, contra aquellos que sostenían la redondez del mundo, contra las verdades de la evolución, contra la reinterpretación de Cristo del Dios Hebreo, y contra cualquier tentativa de cambiar los erróneos viejos caminos o ideas. Se pretende, como ha sucedido en relación al descubrimiento de cualquier extensión de la verdad, que desprenderse de la vieja noción del bien y del mal, engendra gente incivilizada, inmoralidad, ilegalidad y caos social. El hecho

es que la mayoría de los psiquiatras y psicólogos, y mucha otra gente autorizada, se han desprendido de estas cadenas morales, y son capaces de observar y pensar libremente. La mayoría de los pacientes que fueron tratados con éxito, obtuvieron el mismo resultado, y ya no muestran más signos de degeneración personal o social, ni carencia de responsabilidad social, ni tendencia hacia la anarquía social. De hecho, aquel espantajo no tiene base alguna. Todos reconocemos estas reacciones como propias de los inmaduros, inferiores, culpables, y que no se encuentran en las personalidades integradas, maduras. La liberación de las moralidades significa la libertad de observar, pensar y actuar sensatamente, para ventaja de la persona y del grupo, libre de tipos anticuados de lealtades y miedos mágicos de nuestros ancestros.

Si la especie debe ser liberada de su derrengada carga de bien y de mal, corresponde a los psiquiatras la original responsabilidad. Este es un desafío que debe ser aceptado. Si los psiquiatras deciden no hacer nada acerca de esto, pero sí continuar en la futilidad de la psicoterapia solamente, esto también es una decisión, y la responsabilidad por los resultados les atañe por entero. Lo que el mundo necesita de la Psiquiatría es honesto, sencillo y claro pensamiento, junto con su expresión oral y escrita. Necesita lo mismo de la Psicología, Sociología, Ciencia Económica y Política. El pensamiento honesto y claro puede ser casi siempre expresado en palabras simples que son comprensibles para la gente a quien van dirigidas en una democracia. Esta gente son los maestros, las madres y los padres jóvenes, las asociaciones de padres y maestros, los grupos juveniles, los clubs ("service clubs"), las escuelas e institutos de enseñanza, las iglesias y escuelas dominicales, todos aquellos que pueden ser alcanzados y a los que se puede ayudar, a través de la libertad intelectual y de la honestidad para ellos mismos, y para las criaturas cuyo futuro depende de ellos. ¿Podemos acaso, nosotros, los psiquiatras, declinar nuestros recursos protectores, escondiéndonos tras un vocabulario técnico difícil y variable, para evitar nuestra evidente responsabilidad?

Si hemos de emprender la batalla, ésta será larga y difícil, pero la verdad prevalecerá, si hay bastante gente que lo desee. Afortunadamente disponemos tal vez de 15 ó aun de 20 años antes de que la próxima guerra mundial estallare, lo que sucedería si permanecemos tal cual estamos. Veinte años en los cuales cambiar conceptos los más caros a muchos miembros de la familia humana, veinte años en los cuales desarraigar y destruir los elementos más anquilosados y los parasitismos más florecientes en el mundo —el árbol del conocimiento del bien y del mal—, de tal modo que cada hombre pueda aprender a preservar su más precioso patrimonio: su ingénita libertad intelectual; veinte años para remover la necesidad de satisfacciones perversas que desembocan en las guerras, y para asegurar que bastante gente en todas partes no cierra sus ojos a los tremendos peligros que la amenazan, como lo hemos hecho desde 1910 a 1914 y 1917, y desde 1933 a 1939 y 1941.

Somos el ejemplo horrible. Somos la gente que ha guerreado cada 15 ó 20 años. Debemos prevenir a todo costo que nuestros hijos, y los hijos de nuestros hijos sean como hemos sido nosotros, pero la liberación de la tiranía de estos dogmas y miedos, no puede ser alcanzada en una generación.

Por esto es necesario que por tanto tiempo como tome el cambiar la formación de las criaturas, en número suficiente en el mundo, nuestra atención vigilante sobre el prójimo, y en todas partes del mundo, no decaiga ni siquiera por un solo momento. Estemos preparados, no para otra guerra como la última, con navios, ejércitos y flotas aéreas, sino para la *próxima* guerra con bombas cohetes y atómicas, y con todo el movilizadísimo poder de nuestros laboratorios. Estas son las armas del futuro, y con ellas el mundo entero puede ser alcanzado desde cualquier lugar de la tierra, en algunos minutos. La gente que definitivamente no quiere más hacer guerras; debe comprometerse al aniquilamiento de cualquier nación que inicie la lucha, y debe estar preparada inmediatamente, y sin piedad, a hacerlo sin más discusiones ni negociaciones. Esto implica mantener continuamente estaciones atómicas y de bombas voladoras que cubran el mundo entero, y un programa de investigación a alta presión para descubrir modos aun más eficientes de matanza, para mantenerse a la vanguardia de cualquier posible competencia. Esto debe continuar hasta que nosotros, toda la gente, sea reeducada para ser capaz de vivir en paz unos con otros, hasta que seamos libres de ver claramente, y de pensar y actuar sensatamente.

Lo más importante en el mundo es, hoy, la formación de los niños. No es un trabajo para gente económica y emocionalmente desajustada, para hombres y mujeres asustados o inferiorizados, que buscan un estado emocional y social respetable, y que pueda ser prontamente alcanzado. Ni para muchachas que quieren pasar el tiempo en espera del matrimonio. Afortunadamente, hay signos recientes de agitación intelectual entre los maestros, que permiten abrigar alguna esperanza. Permitir enseñar a niños debería ser el signo de la más alta distinción por parte de la sociedad. La escala presente de valoraciones está claramente ilustrada por la disparidad entre los sueldos de los maestros, y los de las actrices cinematográficas o de los ases futbolísticos. Tengo presente ahora a un grupo, cuya responsabilidad era el mejoramiento, entrenamiento y rehabilitación de todas las madres solteras de una cierta comunidad. El procedimiento consistía en hacer un cierto test de inteligencia, y después, ejercitar a la mujer de acuerdo a un simple esquema: las de más alto nivel, eran destinadas a diversos objetivos de entrenamiento útil; las de nivel más bajo, las que no servían para ninguna otra cosa, eran instruídas como niñeras para criar niños! Debido a esto, centenares de niños indefensos en aquella amplia comunidad, han sido criados por madres solteras retardadas. Por tratarse de cuestiones psicopatológicas, corresponde a los psiquiatras tomar sin más dilaciones, la responsabilidad del planteo y de la iniciativa.



¿Es posible esquematizar un tal programa de reeducación o de nueva clase de educación? No intentaría ir tan lejos, y si sólo sugerir que la Psicología y la Sociología y la simple Psicopatología, las ciencias del vivir, deberían ser hechas accesibles a todos mediante su enseñanza a todos los niños y jóvenes en las escuelas primarias y secundarias, mientras el estudio de semejantes cosas como trigonometría, latín, religión y otras que atañen a especialistas deberían ser dejadas a las universidades.

Sólo así, creo, podemos ayudar a nuestros niños a llevar sus responsabilidades como ciudadanos del mundo, tal como nosotros no hemos sido capaces de hacerlo. Solamente así podemos prevenir que tengan que vivir en un mundo de miedo y caos, crueldad y muerte, mucho más horrible de lo que podemos concebir.

Verdaderamente, jamás hemos tenido una sociedad de verdadera paz, sino sólo breves intervalos de olvido, y después preparación frenética entre dos guerras. ¿Puede aprender el mundo a vivir en paz? Yo pienso que sí, pero únicamente si psiquiatras y psicólogos pueden vivir de acuerdo a la definición de Strecker y Appel: "Básicamente, la madurez representa la saludable amalgama de dos cosas: primero, la inconformidad con el "status quo", que implica el llamado al esfuerzo constructivo y fuertemente combativo; segundo, dedicación y devoción a lo social". Si no podemos hacerlo, la tarea será dejada a los que puedan haber sobrevivido a la próxima guerra, o a la gente intelectualmente más honesta y valerosa que pueda tener alguna oportunidad, varias generaciones más tarde. Con las otras ciencias humanas, la Psiquiatría debe decidir ahora cuál ha de ser el futuro inmediato de la especie humana. Ninguna otra puede hacerlo. Y ésta es la responsabilidad primaria de la Psiquiatría.